

licitaban los votos prometiendo a sus partidarios una elevación anual progresiva de su nivel de vida material. Esta promesa no puede ser cumplida, porque un crecimiento infinito de la riqueza material es imposible, incluso para una minoría injustamente privilegiada, en una biosfera inexorablemente limitada.

»Nuestra biosfera es una delgada capa de agua, tierra y aire que rodea la superficie del planeta. Su volumen y sus recursos insustituibles son limitados y sus recursos espirituales, vulnerables. La Humanidad es una parte integrante de la vida que la biosfera contiene y sustenta. La biosfera podría hacerse fácilmente inhabitable a causa de un uso injusto del poder material que el hombre ha adquirido, trabajando en común para eliminar el freno tradicional de su codicia. Si el hombre deja que su codicia le impulse a arruinar la biosfera, destruirá su propio género y a todos los demás seres vivos.

«Para mantener la biosfera habitable durante otros 2.000 millones de años, nosotros y nuestros descendientes tendremos que olvidarnos del ejemplo de Pietro Bernardone, mayorista de tejidos del siglo XII, y de su bienestar material, y empezar a seguir el de Francesco, San Francisco, su hijo, el más grande entre los hombres que han existido en todo Occidente.»

III. LA "LIBERACIÓN", EL CRISTIANISMO Y EL SOCIALISMO.

Nos hallamos en plena polémica ante la palabra LIBERACION. En especial ante el uso que hace de ella el llamado progresismo católico. Por eso resulta aún más de ardiente actualidad el resumen que la edición en castellano de L'OSSERVATORE ROMANO del 12 de noviembre publica de la conferencia que Mons. Franz Hengsbach, obispo de Essen (Alemania), pronunció en Roma, en el aula magna de la "Residenza Universitaria Internazionale", clausurando el ciclo "Violencia, Justicia y Redención". Recortemos:

«Se le reprocha a la Iglesia el ser un sistema de opresión o, al menos, de haber colaborado regularmente con los opresores; el Evangelio, en cambio —así se afirma—, sería un documento de liberación y especialmente de liberación *intramundana*. Por eso, el cristiano debe ponerse de parte de los oprimidos y apoyar la revolución, si no quiere ser acusado de traidor al mensaje evangélico.

»Pero, ¿qué significa realmente liberación? ¿De qué se libera y para qué se libera? ¿Cuál es la tarea de la Iglesia en

este servicio en favor de la liberación del hombre? ¿Qué consecuencias se derivan de esto para el cristiano que vive en medio del mundo?

»Frecuentemente, para referirse a liberación, se habla de emancipación. *Emancipación*, en su sentido originario, significa alcanzar un estado jurídico propio. Pero la aceptación e importancia actual de este concepto se logró al ser empleado —como consecuencia de la filosofía evolucionista de la historia de Hegel— para postular una libertad total de todas clases de vínculos, también del que liga el hombre a Dios.

»Tal «liberación» del hombre —también de la religión y, consiguientemente, de todo orden objetivo de valores— comporta necesariamente conflictos sociales, ya que una libertad sin límites lesiona irremisiblemente la libertad de otros y la convivencia humana. Es el antiguo y siempre actual intento, que se rebela contra toda limitación, de lograr una ciencia que lleve a la completa autodeterminación. Ese intento fracasó ya en el paraíso. «Para los personajes verdaderamente grandes que amaron la libertad —como Francisco de Asís y Tomás de Aquino, por ejemplo—, vincularla con Dios ha sido algo natural y lógico. Sólo cuando con el humanismo se perdió esta vinculación, se empezó a reivindicar una libertad absoluta». Las utopías filosóficas o políticas, que pidieron o piden una libertad absoluta, están amenazadas por el peligro de caer en la tiranía. Cuando desaparece el último vestigio de la teología, la idea de que el hombre debe ser respetado y, más aún, amado, pierde su fundamento lógico (M. Horkheimer). Hoy día somos testigos de que, muchas veces, en nombre de alguna liberación, se les priva a los hombres de su libertad.»

«... la libertad verdadera es aquella que Cristo nos ha ganado con su obra redentora: la libertad del pecado, la libertad para Dios. Llevar a los hombres a esta libertad es la primera misión de la Iglesia.

»Con esta libertad, que es un don de Dios, el hombre es capaz y está obligado a empeñarse por la libertad interior y exterior de los demás hombres.

»La libertad que Dios otorga y la que el hombre tiene que realizar no deben separarse ni mezclarse.»

«En Cristo, Dios se revela como el abogado del hombre y de su dignidad: Cristo, Hijo de Dios y Dios verdadero, es al mismo tiempo hombre perfecto y medida de todo lo humano.

No puede haber destino más esencial y elevado para el hombre que conformarse con Dios en Cristo. Por eso, todo ataque a la dignidad del hombre —en nuestros días, por ejemplo, en la cuestión del aborto— es un ataque a Dios.

»La preocupación de Jesús por los pobres y oprimidos no quiso sólo llamar la atención, sino que, además, determinará la actuación de la Iglesia. Pero Jesús no era un revolucionario social. Igual que Pablo, que predicó la libertad en Cristo Jesús y no la revolución de los esclavos, también la misión de la Iglesia es —como la de su señor— una misión universal: no una liberación que se agota en la superación de condicionamientos *intramundanos*, sino la liberación de todos los hombres del pecado.

»De nada sirve al hombre ser liberado de todas las coacciones temporales, si continúa la opresión del pecado». Incluso si se llegara a suprimir toda falta de libertad y todas las miserias, el hombre seguiría necesitando la redención, y la Iglesia tendría que anunciar la salvación en Cristo y predicar la conversión y la penitencia.

»«La verdadera causa del mal en la historia de los hombres no es este o aquel sistema político, esta o aquella estructura socio-económica, sino el pecado, el pecado original y el pecado personal. La liberación de todos los pecados es la liberación de las liberaciones».

»Esta liberación se realiza en la cruz de Jesucristo. «Como en la muerte de Jesús en la cruz se realiza la libertad suprema en el cumplimiento de la voluntad amorosa de Dios, así seguir al Crucificado libera realmente y da frutos para la libertad de los demás. La locura de la cruz se hace la más alta sabiduría».

»Tres tesis fundamentales para el servicio cristiano en pro de la liberación de este mundo:

1) Llevar a los hombres la liberación del pecado y de la muerte, a través de la palabra y de los sacramentos, es el *proprium* y el *prius* de la misión de la Iglesia, que no puede ser sustituido ni por el más apto y perfecto servicio social.

2) El mejor medio de cambiar rectamente la sociedad y de superar situaciones injustas es el cambio del hombre, fundamentado, hecho posible y exigido por el Evangelio.

3) Una reinterpretación de la redención que niegue la realidad del pecado y se limite a propagar el cambio de las estructuras, sería una funesta falsificación de nuestra fe.»

El 3 de diciembre siguiente vuelve a ocuparse L'OSSERVATORE ROMANO de la liberación en un estudio Monseñor Quarracino, Obispo

de Avellaneda (Argentina), titulado "REFLEXIONES SOBRE LIBERACIÓN Y SOCIALISMO.

Plantea este estudio el examen en rápidos trazos de la teología de la liberación:

«La idea de la liberación, que es sinónimo de redención y salvación, serpentea por toda la Sagrada Escritura, desde el momento que hace su entrada en la humanidad el pecado. La promesa del *Salvador* es la respuesta amorosa de Dios a la humanidad pecadora. Y cuando Dios constituye un pueblo —el pueblo de Israel— para que junto con el culto a El —único Dios vivo y verdadero— mantuviera viva la esperanza del Salvador que de ese mismo pueblo habría de tomar carne y sangre —el Hijo de Dios hecho hombre—, arranca y libera a ese mismo pueblo de la esclavitud y sometimiento de los egipcios. Y a través del desierto, de dificultades y hasta de rebeliones contra El, lo hace llegar a la ansiada «tierra prometida». Dios se manifestó así como liberador que usa a un hombre privilegiado —Moisés— para que encabece en su nombre la liberación de su pueblo y por su intermedio Dios realiza una Alianza, como si dijéramos un contrato de fidelidad mutua, en ese pueblo elegido. A través de la historia, en más de una oportunidad, ese pueblo no fue fiel a Dios, y Dios por medio de sus profetas o determinados castigos le reclamó a la fidelidad: y nunca aconteció la ruptura de esa Alianza y de la promesa del Salvador por parte de Dios. En tiempos de Cristo la esperanza mesiánica estaba enturbiada por consideraciones de tipo político-nacionalístico y puramente temporal; el Mesías liberaría al pueblo elegido de toda dominación extraña y constituiría un reino sobresaliente y poderoso. Cristo purifica esa imagen presentándose como el «Siervo sufriente» y no como rey temporal; claro que ello implicaba ser negado como el Mesías liberador, puesto que no se ponía al frente de batallones o comandos para expulsar a los romanos ...

»Se ha pretendido presentar el relato bíblico del *Exodo* como una especie de manual revolucionario-guerrillero. Ello es, sencillamente, una aberración. La liberación de Israel, su marcha y entrada en la tierra de promisión, son acontecimientos encarnados en una realidad (y, dicho sea entre paréntesis, Dios se expresa y manifiesta por ellos, pero privilegiadamente y ante todo por su palabra, no secundariamente como algunos dicen hoy) y ciertamente tuvo dimensiones políticas y sociales, pero ese hecho no se agota en ellas, sino que se abre a otras dimensiones más profundas y trascendentes. Hay allí todo un con-

junto de signos de esas otras dimensiones: el paso de la humanidad camino a una patria definitiva, en la gloria del Señor, el «nuevo pueblo» salvado por el único y definitivo liberador que es Cristo, el cual libera no a costa de la sangre ajena, sino de la propia, y cuyo principado es de paz y no de odio.

»Por consiguiente, *Cristo liberador* advino. Y cuando en la sinagoga de Nazareth inaugura de una manera solemne su misión, lo hace con palabras de Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres, a proclamar la liberación de los cautivos y dar vista a los ciegos, libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor... Esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy» (Lc 4, 18-19, 22). Toda la acción liberadora de Cristo se extiende al ámbito del pecado: «Todo el que comete pecado es un esclavo» (Jn 8, 34); y la Buena Noticia liberadora es *El mismo*. Por un lado, por su Mensaje que nos habla de la paternidad universal y amorosa de Dios, de la superación del egoísmo, del orgullo, de la avaricia, de cuanto encierra y oprime en sí mismo al corazón del hombre, de la fuerza de la fe y del amor, del sentido de la existencia humana; es decir, Cristo nos libera en la Verdad (Jn 8, 32). Por otro lado, por su Pascua —Muerte y Resurrección— Cristo quiebra el poder del mal, del pecado y de la muerte y hace posible y real una participación de su vida. Por la Pascua del Señor Jesús estamos ya liberados —salvados—, pero como la liberación definitiva llegará al final de los tiempos —todavía no se da plenamente—, la liberación se va realizando en la historia de cada uno y de la humanidad. En este sentido la verdadera liberación es histórica y transhistórica. La salvación, la liberación, comienza aquí y ahora, pero se proyecta hacia la eternidad.

»Cristo resucitado es el «Hombre nuevo» por excelencia y El es la fuente de donde brota la vida que hace de la persona humana un «ser nuevo», un «hombre nuevo».

»El hombre liberado por Cristo es el «hombre nuevo». La Pascua es «novedad de vida», una vida nueva, en «justicia y santidad verdaderas». El «hombre nuevo» en Cristo nace por la fe y se va realizando constantemente en el amor. En definitiva, el «hombre viejo» es el pecado, en cualquiera de sus formas o expresiones. Cuando el hombre se libera del pecado «esta liberación penetra todos los aspectos de su ser y transforma necesariamente las estructuras del pecado. La conversión interior dice relación con lo social. El convertido, el recreado en el

amor, sabe ir hacia sus hermanos en nuevas formas de fraternidad, de eficaz solidaridad».

.....

«Esto está conectado con el problema de Cristo como liberador político, más aún, como revolucionario. Creo que Cullman ha escrito sobre el asunto unas páginas breves pero definitivas. Cristo no fue «zelote» revolucionario violento ni pacifista enemigo de todo cambio. El supera la disyuntiva «revolución-orden establecido». Predicó su reino que está más allá, vale decir, es distinto ... Ese reino que se realiza fundamentalmente en el corazón del hombre, en su radical conversión por la fe y el amor y cuya norma suprema es la adhesión y cumplimiento de la voluntad del Padre. Es enemigo del inmovilismo, porque la conversión es tarea permanente; pero no se orienta a la destrucción en vistas a un estado de cosas tal que alcance en este mundo el fin de todas las alienaciones en una situación de libertad, justicia o igualdad absolutas. Pensar esto último constituye uno de los errores —o utopías— fundamentales del marxismo.

»Para hablar «en cristiano» sobre la liberación hay que tener en cuenta estos principios básicos, de lo contrario se disuelve el cristianismo en una ideología socio-política más y se lo vacía del contenido *profundo* y *trascendente* de liberación salvadora.

»Al afirmar esto no se reduce el Evangelio y el cristianismo a un «angelismo» abstracto y descarnado. Sabemos que el plan de salvación de Dios respecto al hombre, a las naciones, al mundo, se realiza en una historia, y en ella —como el fermento en la masa— deben operar la Verdad y la Vida de Jesucristo. Es voluntad de Dios que personalmente y estructuralmente el hombre y la sociedad crezca en su ser de persona libre y responsable, que las estructuras, es decir, todos aquellos elementos que enmarcan y condicionan al hombre, faciliten y ayuden a esa personalización del hombre y no lo alienen o esclavicen. Y esta tarea, que es permanente, se mueve siempre entre ambigüedades, por lo que siempre debe ser enjuiciada a la luz de la verdad de Dios, y nunca puede decirse que una forma o modalidad de esa tarea, esto es, los diversos proyectos humanos de sociedad, se identifican plenamente con el Evangelio.»

.....

«Ciertamente a todos hay que liberar; a los unos de su situación de opresión, a los otros de su egoísmo, avaricia o prepotencia, y sabiendo que en todos hay algo que los encasilla en una sola «clase»: la condición de pecadores, y de ella todos

deben ser liberados. Y es el pecado contra el que hay que combatir, y no por cierto a fuerza de metralla y sangre.»

.....

«La pobreza del Evangelio no cataloga en una «clase», sino que es, ante todo, una disponibilidad y una apertura de corazón a la palabra y el amor de Dios que, es verdad, más fácilmente se hacen presentes cuando no se rellena el corazón de riquezas, ambiciones y orgullo de cualquier especie.»

.....

Y, en la segunda parte de su estudio, examina si el socialismo puede traernos la liberación pretendida:

«Hay quienes señalan como médula del socialismo y condición esencial para la transformación socialista de la sociedad, la socialización de los medios de producción. No me corresponde ni puedo examinar a fondo este tema, difícil, complejo y lamentablemente «agitado» a veces con poca seriedad. Sólo haré algunas anotaciones.

a) Creo que si alguno entendiera con esos términos la negación del derecho del hombre a poseer bienes propios —privados—, estaría equivocado. El derecho de propiedad tiene, por cierto, sus alcances y limitaciones, entre las que sobresale ante todo la norma fundamental del bien común, pero no puede ser negado; es natural al hombre.

b) A este respecto quiero señalar que no tiene consistencia el argumento aducido a veces para defender desde una óptica cristiana la posesión en común de todos los bienes como un cierto ideal de socialismo cristiano, sobre la base de lo que nos dicen los *Hechos de los Apóstoles* (cap. 4, 32 ss.) sobre la primera comunidad cristiana de Jerusalén en la que «todas las cosas eran de todos... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que tenían casa la vendían, y traían el dinero y lo entregaban a los apóstoles, y se repartía a cada uno según sus necesidades». Los *Hechos* hacen referencia a la experiencia —que sin duda duró escaso tiempo— de una sola comunidad, la de Jerusalén, y reducida por cierto. Por otro lado, se trataba de algo tan libre y tan sin obligación formal que, cuando Ananías y Sáfira se quedan con parte del dinero y presentan la otra a los apóstoles, Pedro los reprendió por querer «mentir al Espíritu Santo». «¿Acaso no era tuyo el terreno..., no era tuyo el dinero?» El pecado estuvo en la mentira, no en la apropiación de sus bienes. (Una cosa es que un grupo de cristianos quiera

hacer comunidad de bienes; y otra bien distinta pretender hacer de ello un «sistema»...).

c) Otras veces, al decir socialización de los medios de producción, se entiende afirmar que los grandes medios, el planeamiento y el contralor de la producción y, especialmente, todo cuanto se refiera a los «órganos» vitales de un país: los transportes, las comunicaciones, la banca, la variada riqueza que esconde el territorio de la nación: petróleo, minerales, gas..., deben estar en manos del Estado. Por supuesto, no voy a discurrir sobre este problema, sino solamente señalar, ante todo, que se trata de una cuestión de técnica político-económica, vale decir, de «una decisión respecto a la elección y utilización de un medio para efectuar la justicia, esto es, el bien común» (Sampay) y que exigiría previamente conocer todo el alcance dado a los términos «medios de producción». Anoto, en segundo lugar, algo que está muy unido a lo anterior y que expresaría de manera interrogativa: ¿es cierto y realista que ello redunde en beneficio del bien común? Porque también está en cuestión su eficacia para el desarrollo *auténtico* de un país y una participación de *todos* en él, y no su paulatino hundimiento en la pobreza nacional. En tercer lugar, anoto el hecho nada infrecuente de hablar de socialización (más bien estatización) de los medios de producción, dejando ilegítimamente de lado una comprobación diáfana y evidente: en la mayoría de los países de estricta economía socialista, ni de lejos hay socialización ni participación política, puesto que todo el poder está en manos de un único y particular partido, a su vez manejado por un conjunto de burócratas, amos absolutos.»

IV. EL CAMINO HACIA EL SOCIALISMO.

Sin embargo, el camino hacia el socialismo sigue y se pregona por doquier.

Bajo la firma de J. Ulibarri, ¿QUE PASA? del 25 de noviembre de 1972, publicó el artículo "CON, DE, EN, POR, SIN, SOBRE, TRAS EL SOCIALISMO", en el cual, refiriéndose a noticias publicadas en el diario YA del 7 del mismo mes, se comenta:

«Seguimos leyendo el mismo diario, y en la página 25 encontramos la figura inversa, es decir, unas declaraciones fonéticamente asépticas tras de las cuales late un concepto peligrosamente próximo al socialismo. Nos hemos topado con unos nada discretos titulares que dicen: «Estamos decididos a concluir con